

PRINCIPALES PERSONAJES DE LA NOVELA

- **Robert Lepetit**, de París, apodado «el bugre», inquisidor dominico expulsado de la Orden y excomulgado.
- **Eder Bozat**, de Bozate, barrio de Arizkun, Navarra, agote, artesano de la madera y de la piedra.
- **Don Ezequiel Falaquera**, de Nájera, La Rioja, médico judío.
- **Hadi al-Suri**, de Burgos, herbolario musulmán.
- **Bertrand de Garlande**, de Champagne, Francia, comendador de la encomienda templaria de Ponferrada.
- **Ugo Ermengol**, de Tortosa, Tarragona, peregrino de profesión.
- **Alazaïs Gauti**, de Languedoc, cátara huida y asentada en Bozate con sus padres.
- **Ferrán**, de Burgos, criado de Lepetit.
- **Dominga**, de León, cocinera de Lepetit.
- **Maestro Enrique**, de Champagne, Francia, constructor de las catedrales de Burgos y de León.
- **Maddi**, hija de Eder y de Alix Bisol.

NOMBRES DE LUGARES

CON OTRA DENOMINACIÓN ACTUAL:

- **Gares**: Puente la Reina (Navarra).
- **Villasirga**: Villalcázar de Sirga (Palencia).
- **Ponteferrato**: Ponferrada (León).
- **Codillero**: Cudillero (Asturias).
- **Crunia**: A Coruña (Galicia).

BOZATE, VALLE DE BAZTAN, AÑO 1250

La noche comenzaba a adueñarse del día y la luna, *Ilargia*, la luz de los muertos, brillaba pálida y distante cuando Eder Bozat llegó al alto de Izpegi. Subió por el escarpado camino de cabras que llevaba a la cima presa de la impaciencia y buscó entre las sombras el círculo de piedras que custodiaba las cenizas de su madre y de su tía. Ellas, descendientes de las mujeres sabias que habían guiado a los suyos durante generaciones, sabrían aconsejarle y le darían la fuerza necesaria. Se arrodilló junto a los túmulos, apoyó las palmas de las manos sobre la tierra húmeda y cerró los ojos. Por su mente pasaron imágenes de templos oscuros iluminados con cirios, donde los «otros» llevaban a cabo sus ceremonias y plegarias. El pueblo del bosque no tenía iglesias, ni ritos, ni oraciones. Le bastaba subir a la montaña y contemplar a la Diosa en todo su esplendor. Era la tierra que pisaba, los árboles que lo cobijaban, las flores y las plantas; era el águila, el jabalí, la liebre, la abeja; era el viento, la lluvia, el día y la noche. *Amari* era la vida y ellos eran parte de la vida. Según la tía Elaia, los «otros» también habían creído en ella tiempo atrás, pero la habían olvidado y por esa razón la envidia anidaba en sus corazones; despreciaban al pueblo del bosque y no le permitían vivir en paz. También se despreciaban entre ellos y mataban en nombre de sus dioses. El viento arreció en aquel momento y ululó con fuerza. Sintió un escalofrío. Pese al tiempo transcurrido, no había olvidado la visión de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, abrasados por las llamas en una colosal hoguera. Entonces era un niño, pero todavía recordaba las palabras del soldado que,

impasible, veía morir decenas de seres humanos de forma cruel.

—Son herejes, cátaros, discípulos del diablo y enemigos de la Santa Madre Iglesia. Sus cuerpos arden al igual que arderán sus almas para toda la eternidad.

¿Por qué le venía a la mente el horrible recuerdo? Había ocurrido muchos inviernos atrás en un lugar lejano. Clavó las uñas en la tierra e intentó evocar el rostro de la madre, pero era la joven cántara, a quien él había salvado la vida cuando era niña, la que aparecía tan real que casi podía tocarla.

—Nunca engañes a otros, ni te engañes a ti mismo, Eder —le decía a menudo la tía Elaia—. *Amari* castiga a quienes niegan poseer algo y les priva de su posesión y disfrute.

De nuevo silbó el viento, y de nuevo sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Él se había negado el amor y por ese motivo la Diosa lo privaría ahora de la felicidad. Rechazó la idea. No se había negado el amor; simplemente, no lo había visto. Había emprendido el viaje con el ánimo alegre, pero de pronto tuvo miedo. ¿Qué le diría? ¿Cómo explicaría su huida, sin una justificación, sin una palabra de adiós? ¿Cómo le confesaría el tormento sufrido a lo largo de cien días con sus cien noches? Le diría que su razonamiento se había visto ofuscado por una pasión enloquecida; que no había sabido discernir la obsesión que lo mantenía esclavo de otra mujer y de su recuerdo; que era a ella a quien amaba y con quien deseaba vivir el resto de su vida. O también podría simplemente pedir perdón. Se hincaría de rodillas y no se levantaría hasta que ella lo hubiese perdonado por no haber sabido comprender que sólo ama quien da. Después, la cogería en sus brazos y besaría sus labios; yacerían juntos y se amarían como si acabaran de descubrirse. Sintió la necesidad de echar a correr y no parar hasta llegar a Bozate.

La aurora, envuelta en una luz rosácea, se adueñaba de todos los rincones del valle y el corazón le dio un vuelco al apercibir las humildes viviendas que se alzaban al abrigo del

Gorramendi. Así con fuerza el morral que colgaba de su hombro y escondía la prueba de su amor. No harían falta las palabras. Ella lo entendería, seguro que lo entendería. Las puertas de las casas de Bozate no tenían cerraduras ni trancas; no había nada de valor dentro de ellas, y sus moradores dormían confiados, sin temor a los ladrones. Procuró, no obstante, no hacer ruido. Se quitó las abarcas y ascendió con suavidad por la estrecha escalera, cuyos peldaños lo acercaban paso a paso a la dicha, atravesó el reducido espacio ocupado por el hogar y entró sigilosamente en el cuarto. Se detuvo anonadado. El lecho no tenía lienzos ni mantas, sólo el colchón de hierba seca. Abrió el arcón de las ropas en un intento por rechazar la evidencia, y lo encontró vacío. Ella se había ido.

EL JUDÍO DE NÁJERA, AÑO 1252

Nada más abrirse el portón del llamado «castillo de los judíos» de Nájera, a primera hora de la mañana, don Ezequiel Falaquera salió por él, penetró en la zona cristiana y se dirigió al monasterio de Santa María la Real. En su camino, se detuvo en la tahona y adquirió un panecillo recién horneado, saludó a una mujer que barría la entrada de su casa e intercambió unas palabras con el escribano, que caminaba en dirección contraria. El médico judío era un personaje respetado tanto por sus correligionarios como por los cristianos y musulmanes que habitaban la pequeña villa a orillas del río Najerilla. Todos lo necesitaban por igual y él no hacía distinciones entre unos y otros. A pesar de sus casi setenta años de edad, presentaba un aspecto envidiable y parecía bastante más joven, tal vez debido a que en su rostro no había apenas arrugas y tampoco se le veían demasiadas canas. De estatura mediana, peso justo, cabellos cortos y barba arreglada, vestía con la simplicidad de un artesano acomodado, renegando de cualquier tipo de adorno o joya, como cadenas o anillos, cosa que no dejaba de sorprender a sus vecinos, quienes lo consideraban uno de los hombres más ricos de la población. Una mirada más atenta reconocía, sin embargo, la buena calidad del tejido y mejor hechura de su vestimenta y, aunque los hombres religiosos judíos recomendaban a sus correligionarios el uso de colores naturales, sin teñir, don Ezequiel vestía invariablemente de tonos ocres y marrones y sólo se cubría la cabeza con una sencilla cofia con orejeras durante los días más fríos del invierno, en los que también se abrigaba con un manto.

Al llegar al monasterio, llamó a la puerta de la casa de los monjes. A la espera de que le abrieran, vio acercarse a un grupo de peregrinos y los saludó con una inclinación de cabeza, al tiempo que recordaba que había prometido al hospitalero de La Abadía pasarse por el hospital antes del mediodía para atender a un par de caminantes llegados la víspera con los pies destrozados y «algo más», según le había informado el hombre con gesto resignado. Los recién llegados no presentaban mal aspecto, pero estaba claro que necesitaban comer caliente por como se arrebujaban en sus capas. No pudo evitar pensar en la larga andadura y en los peligros que les aguardaban hasta llegar a Sant Yago de Compostela: caminos desiertos, ladrones, lluvia, ríos que vadear y, total, ¿para qué? Interrumpió sus cavilaciones al abrirse la puerta y penetró en el edificio. Sin mediar palabra, el monje benedictino lo acompañó al despacho del abad.

—Os he llamado, don Ezequiel, porque hace un par de días nos llegó, enviado por los hospitalarios del monasterio de San Juan de Navarrete, un religioso francés en bastante mal estado —le informó éste—. Tiene graves quemaduras en las manos y no puede mover los dedos. Quizá vos, con vuestros conocimientos, podáis hacer algo por él.

—Mal arreglo tienen las quemaduras...

—Lo sé, pero nada se pierde con intentarlo. Se hallaba en Dorreaga, en la granja templaria, cuando el incendio. No sé si habréis oído hablar del asunto...

El médico asintió con un gesto de cabeza. Todo el mundo en la región conocía el hecho luctuoso, ocurrido en las vecinas tierras navarras meses atrás, que había provocado la muerte a varias personas, heridas a muchas otras y la destrucción de la casa de los templarios. Las fuentes de información, sin embargo, no acababan de ponerse de acuerdo en cuanto al motivo del incendio. Había quien señalaba a los infanzones, que andaban revueltos y mantenían pleitos con el rey Teobaldo, a quien los templarios eran leales. Otros aseguraban que el incendio se había debido a un descuido del cocinero de la granja, que habría

olvidado la olla encima del fuego, y también se decía que había sido obra de un loco, despechado por no haber sido acogido por los freires en su comunidad.

—Otra cosa... —añadió el abad—. Ese hombre no habla... quiero decir... acaso se deba a sus heridas y a la terrible experiencia sufrida, pero no es persona con quien sea fácil entablar conversación.

—No os preocupéis, señor abad. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de pacientes.

El monje en persona lo acompañó hasta la celda ocupada por el herido, golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y la abrió, asomando la cabeza por ella.

—Nuestro físico está aquí —anunció y, sin esperar respuesta, se hizo a un lado para permitirle la entrada, retirándose después.

El hombre miraba por un ventanuco que daba a la parte trasera del monasterio y tardó unos instantes en girarse y encararse al médico. El reducido tamaño de la celda pareció reducirse todavía más cuando dio dos pasos hacia él. Don Ezequiel notó una sensación extraña; la misma que sentía al hallarse ante un cadáver. Paradojas de la vida, jamás en sus largos años de ejercicio había podido acostumbrarse a la visión de la muerte. No le importaba sajar, operar, curar bubas pestilentes, atender a un moribundo, pero, ya fallecido, evitaba pasar más tiempo del necesario en la misma habitación. Aquel sujeto le recordó historias de golems, seres sin alma, que los viejos de la judería contaban junto al fuego provocando en sus oyentes tanta curiosidad como temor. Le llevaba una cabeza de alto y estaba muy delgado; vestía de negro, pero no con el hábito de los benitos, sino con una especie de ropón al modo de los escolásticos, y portaba en la cabeza una cofia con orejeras parecida a la suya, negra también, que le cubría los cabellos por completo haciendo resaltar la palidez de un rostro consumido, de ojos hundidos y nariz prominente.

—Me ha dicho el padre abad que habéis sufrido quemaduras en las manos —dijo en vista de que el otro callaba y, de paso, para conjurar la primera impresión recibida.

En silencio, el herido se sentó en el catre y extendió las manos. El médico dejó su bolsa de medicinas sobre una mesita, poco más grande que una banqueta, y se dispuso a examinar las extremidades deformadas, cuya epidermis había sido destruida por obra del fuego. Notó una sensación desagradable al tomarlas entre las suyas. Estaban blancas y frías y los dedos, agarrados, eran duros como la piedra. En efecto, aquéllas eran las manos de un cadáver.

—¿Podré volver a mover los dedos?

Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar las manos y salir de allí a toda prisa al escuchar la voz penetrante del individuo, cuyo tono se había semejado más a una amenaza que a una pregunta.

—Vuestras lesiones son graves —le informó mirándole directamente a los ojos—. Las quemaduras han dañado los huesos, los músculos y los tendones. Vuestros dedos no tienen sensibilidad y, siento decirlo, es del todo improbable que recuperéis la movilidad.

—Pude moverlos...

—Acaso sólo en un primer momento, pero ahora ya no es posible. Podríais utilizar aceite de hipérico para regenerar la piel que...

El hombre retiró las manos y las ocultó bajo los pliegues del ropón, se puso en pie y volvió a dirigirse al ventanuco, dando por finalizada la consulta.

Don Ezequiel no tenía intención alguna de permanecer por más tiempo en compañía del tenebroso individuo y se apresuró a recoger su bolsa. Al levantarla de la mesita, se dio cuenta de que la había depositado sobre un pergamino arrugado.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no veía un jardín de la oca... —comentó en voz alta. Y se dispuso a salir de la celda.

—¡Espera!

Se giró. Los ojos hundidos y sin vida habían adquirido una súbita animación.

—¿Qué has dicho?

Le costó darse cuenta de a qué se refería y le molestó que el individuo lo tuteara. Muchos cristianos, incluidos algunos destripaterrones, tuteaban a los judíos con superioridad y él tenía por costumbre responder de la misma manera, pero, en este caso, optó por mantener el tratamiento. Para marcar la diferencia.

—Que hacía tiempo que no veía un jardín de la oca... —respondió, señalando el pergamino.

—¿Sabes de qué se trata?

—Sí, ya os lo he dicho: es un jardín de la oca.

—Pero... ¿sabes qué significa?

¿Eran alucinaciones tuyas o el extraño sujeto no le permitiría abandonar la habitación hasta escuchar su respuesta?

—Sé lo que muchos creen que es.

—¿Y?

—Algunas personas piensan que es simplemente un juego de entretenimiento, pero nadie con cerebro perdería el tiempo jugando a algo tan trivial, existiendo el ajedrez o las damas.

—¿Y?

Le molestaba el tono imperativo que percibía en la voz del individuo, pero optó por continuar. Cuanto antes acabara, mejor.

—Otras creen que se trata de una réplica del Camino del señor San Yago, debido al puente, la posada, la cárcel, el laberinto...

—dijo señalando las respectivas casillas—; que se trata de una experiencia iniciática para aquellos que no pueden acudir a Compostela.

—¿Iniciática?

—Sabréis, quizá, que la peregrinación hasta el Finisterre data de mucho antes de la llegada del cristianismo a estas tierras —la mirada sorprendida de su interlocutor le confirmó que lo ignoraba y se molestó en darle una explicación—: En tiempos paganos eran muchos los que recorrían el Camino en busca del final de la Tierra. La travesía era larga y peligrosa; no había hospitales, ni monasterios, tampoco pueblos como

ahora y el caminante se encontraba completamente solo, enfrentado a las bestias y a los paganos que vivían en las zonas montañosas, cercanas al mar. Eran tiempos antiguos en los que se creía en... bueno... las gentes creían...

–¿En qué? –lo apremió el hombre.

–En la Diosa.

–¿Qué Diosa?

–La Diosa Madre, la Naturaleza. Los autores clásicos dejaron escrito que la creencia primigenia de la humanidad fue en una Diosa Madre, no un Dios Padre –aclaró–. Ahora puede sonar a herejía, pero tened en cuenta que aquéllas eran otras épocas.

–¿Y tú? ¿Qué piensas?

–Personalmente, creo que se trata de un tablero de adivinación. Desde siempre, el ser humano ha deseado conocer el futuro, en especial su propio futuro, y ha creído en todo tipo de señales y de métodos para lograr su fin: huesos, runas, dados...

El hombre permaneció inmóvil, tan inmóvil que parecía haberse convertido en estatua. Daba la impresión de que ni siquiera respiraba. El médico hizo amago de salir, pero lo detuvo la voz de ultratumba.

–¿En qué te basas?

Estaba harto de aquella conversación. Él no creía en adivinos ni en métodos adivinatorios; no porque lo prohibiese su religión, sino porque consideraba que todo era una farsa inventada por sinvergüenzas que se aprovechaban de la credulidad ajena para hacerse ricos y, de alguna manera, para influir o controlar a sus semejantes. Todos los días tenía que enfrentarse a cuestiones muy reales: huesos rotos, heridas, enfermedades de toda índole, infecciones, la muerte... No tenía tiempo para perderlo en tonterías. Era inútil, incluso estúpido, intentar conocer el futuro, puesto que nadie podía cambiar su destino.

–En los números que aparecen en las casillas del tablero. –Una vez más el rostro del hombre mostró su ignorancia y don Ezequiel aspiró profundamente antes de proseguir–. Según creen algunos, los números, del uno al nueve, tienen un significado.

—¿Cuál?

—No lo sé, señor. No dedico mi tiempo a juegos ni adivinaciones y ahora, con vuestro permiso, me retiro porque tengo obligaciones que cumplir.

El médico abrió la puerta y salió al corredor, pero una garra lo detuvo antes de que hubiera dado dos pasos.

—Vuelve mañana.

—¿Para qué?

—El aceite... para las manos —el tono del hombre intentaba ser amable, aunque continuaba sonando imperativo.

—Os lo enviaré...

—Ven tú en persona y averigua lo que puedas sobre ese asunto de los números.

—No acostumbro a recibir órdenes y no me agrada la forma en que me habláis.

El hombre clavó en él su mirada y él se la sostuvo.

—Os ruego disculpéis mi torpeza —se excusó, mostrándose más respetuoso—. Todavía no me he acostumbrado a ser un tullido y me cuesta relacionarme. Este documento, este jardín de la oca como lo llamáis, es muy antiguo y llegó a mí de manera casual. ¿No os interesaría como hombre de ciencia averiguar si es cierto o no lo que acabáis de relatarme?

—Ya os he dicho que no creo en adivinaciones.

—Yo tampoco, ciertamente. Es, además, herejía la creencia en las artes adivinatorias, como vos bien sabéis, pero juntos podríamos realizar algunos experimentos para comprobar su ineficacia y escribir un tratado para argumentar contra ellas y contra los falsos profetas que pueblan la Tierra desde los tiempos bíblicos.

Don Ezequiel miró a su interlocutor. Parecía transformado. El ser huraño y grosero que lo había recibido se había convertido en otro muy diferente. Incluso resultaba atractivo como persona y su voz había sufrido un cambio significativo. Estaba claro que se trataba de un hombre culto, que sabía expresarse. La cuestión de las adivinaciones continuaba siéndole indiferente,

pero le atraía la idea de investigar sobre ellas y demostrar su falsedad. Se sentía muy solo desde la muerte de su querida Deborah, y sus hijos ya no estaban a su lado para acompañarlo durante las veladas, que se le hacían largas pues el sueño tardaba en llegar. Dedicaba su tiempo al estudio y a la lectura, pero la soledad pesaba cada día más y podría resultar interesante salir de la monotonía de una vida cuyo fin no tardaría en llegar. Redactar un tratado contra nigromantes, adivinos, agoreros y demás ralea lo mantendría ocupado y, tal vez, recuperaría la curiosidad por descubrir la diferencia entre lo real y lo fabulado que antaño tanto le había interesado.

—De acuerdo —dijo al cabo de un rato—. Volveré mañana con el aceite y veré si antes puedo informarme sobre ese asunto de los números.

Ambos se despidieron con un leve gesto de cabeza y el médico apresuró el paso al recordar que el hospitalero de La Abadía lo esperaba. El hombre lo vio marchar y, después, regresó a su posición delante de la ventana.

Tal y como había prometido, don Ezequiel regresó al día siguiente llevando un pote de cerámica que contenía aceite de oliva en el que había macerado durante un par de meses un buen manojo de hojas de San Juan. Dudaba que fuera de alguna utilidad porque la piel del herido se había visto muy dañada. Si se hubiese actuado con rapidez, si los miembros quemados hubiesen permanecido durante horas en agua fría... y aun así. Le llamaba la atención que el individuo únicamente hubiese sufrido quemaduras en las manos y no se advirtiesen lesiones en su rostro. Significaba que sólo ellas habían estado expuestas al fuego, aunque quizá tenía otras marcas en el cuerpo. Había preguntado al hospitalero sobre el extraño suceso ocurrido en la granja templaria.

—Corren rumores —le informó éste— de que el incendio se debió a un loco que lanzó alcancías repletas de brea ardiente al interior de la capilla en el momento en que se consagraba una hermosa imagen de la Virgen María, tallada en madera y

policromada. Según un peregrino, que se hallaba allí cuando ocurrió el hecho, la imagen era de una belleza como él nunca antes había visto y el incendiario se había enamorado de ella, pero ya se sabe que la gente tiende a exagerar y convierte en mitos las historias más simples. ¿Dónde se ha visto que un hombre se enamore de una imagen de madera?

—¿Qué fue del loco?

—Dicen que murió y que su cuerpo fue consumido por las llamas, justo destino para un sacrílego.

¿Y si el extraño personaje que acababa de dejar fuera el mismo que había prendido fuego a la capilla templaria? Así podrían entenderse las quemaduras de sus manos. Puede que se le hubiese roto una de las alcancías después de prender fuego a la brea contenida en su interior. La brea era una materia pegajosa, difícil de limpiar y más todavía si ardía.

Cuanto más pensaba en el asunto, más lógico encontraba que el hombre acogido en el monasterio fuera el propio incendiario, y ello aumentaba su curiosidad, en especial si resultaba ser cierto aquello del enamoramiento de una imagen. En su profesión, había tratado con personas enajenadas que aseguraban haber visto a Miriam, la madre de Yeshua, y había habido una mujer que creía ser ella en persona. Le había costado muchos esfuerzos convencer a sus vecinos de que se trataba de una pobre enferma y evitar que la quemasen viva por bruja y hereje. La encontraron días después flotando en las aguas del Najerilla y nunca se supo si se trató de un accidente o si alguien se encargó de ahogarla. La mente le fascinaba y hubiese deseado consagrarse a su estudio, pero sus conocimientos no estaban, desgraciadamente, a la altura de los de su compañero en la escuela de Toledo, Abraham el Alfaquín, quien, además de ser un médico excelente, conocía varias lenguas y había traducido al latín tratados árabes de medicina. Una obra del griego Hipócrates sobre la llamada «enfermedad nerviosa» y el *Policratus* de Juan de Salisbury eran todo su haber en la materia. Había leído tantas veces aquellos libros, copias adquiridas a precio de

oro durante su estancia en la ciudad castellana, que se los sabía de memoria. Si el hombre acogido en el monasterio benedictino era un demente, acaso tendría oportunidad de estudiarlo con detenimiento y extraer sus propias conclusiones, aunque para ello tuviera que seguirle la corriente en el asunto del jardín de la oca. Nada más abandonar el monasterio ya había decidido no volver a verlo y enviar el aceite con Hayyim, el mozuelo que le servía de recadero, pero las palabras del hospitalero le hicieron cambiar de intención.

—¿Cómo os encontráis hoy? —preguntó con su cortesía habitual al entrar en la celda, intentado no mostrar el desasosiego que le producía la mirada de ave rapaz de su paciente.

—No mejor que ayer ni que mañana —respondió el hombre sin acritud—, pero seguiré vuestros consejos si tenéis a bien dárme los.

—Os he traído el aceite que os prometí. Dudo que pueda mejorar la movilidad de vuestros dedos, pero intentad utilizarlo todos los días. Los masajes suavizarán vuestra piel herida y aliviarán la tirantez que ahora sentís. Si me lo permitís, yo mismo os daré las primeras friegas.

El hombre asintió y ambos permanecieron en silencio durante un rato, mientras don Ezequiel esparcía un poco de aceite sobre el dorso y la palma de la mano izquierda y se concentraba en el masaje.

—¿Habéis averiguado algo sobre lo que hablamos ayer? —preguntó por fin el paciente sin poder retener su interés por más tiempo.

—En efecto, lo he hecho.

El médico alzó la vista, sorprendido. Hubiese jurado por lo más sagrado que había sentido tensarse los dedos que sostenía entre sus manos, y eso no era posible.

—¿Y bien?

El hombre mostraba una leve sonrisa, limitada únicamente a la boca. Su mirada continuaba siendo la de una rapaz al acecho de su víctima.

—Le he preguntado a un antiguo maestro de la Yéshiva, nuestra escuela —aclaró—, si tenía alguna idea al respecto. Nunca ha oído hablar del llamado «jardín de la oca», pero sí de la adivinación por medio de los números utilizada desde la antigüedad por los paganos, si bien desconoce su significado.

—Estamos por tanto igual que al principio.

La voz del franco expresaba decepción, y también malestar.

—Sin embargo, mi buen amigo Yucé Tob me ha recordado un par de cosas en las que yo no había caído —prosiguió don Ezequiel con tranquilidad—. Nuestros rabinos estudian la cábala, una palabra que en hebreo significa «tradición» y que es la ciencia que busca los misterios de la creación en la Torá, los primeros cinco libros del Libro Sagrado. No tiene nada que ver con augurios y cosas por el estilo, pero los números se utilizan en la gematría, una rama del estudio, que considera el valor numérico de las palabras de un texto para descifrar una clave o un mensaje dictado por el propio Yahvé a los autores del Libro Sagrado.

—Aquí no aparece ningún texto, excepto una frase ridícula que no significa nada —arguyó el franco señalando el pergamino y leyendo—: «El Jardín de la Oca, la Verdad está en el Camino».

—Tened un poco de paciencia. Si los arcanos fueran fáciles de descifrar, no serían tales. El matemático griego Pitágoras dio un valor a cada letra del alfabeto, así, por ejemplo, el valor numérico de la palabra Roma sería veinte o, lo que es lo mismo, dos más cero igual a dos.

—¿Y?

—Que sería preciso averiguar cuál es el significado del número dos —concluyó don Ezequiel con una sonrisa.

—Y volvemos a estar igual que al principio.

—No del todo. Alguien habrá que lo sepa. Todo es cuestión de encontrarlo. Lo más importante del asunto es que, en efecto, la numerología se ha utilizado de formas muy diversas a lo largo de la historia y, sin duda, también la utilizan quienes dicen saber leer el futuro. Por otra parte, en vuestro jardín de la oca aparecen

otros elementos muy interesantes. Si os fijáis bien, la forma de este... este juego, llamémoslo así, es la de una espiral, la de un caracol. Ahora bien, en los ritos paganos, la espiral estaba ligada a la idea de la muerte y de la resurrección, y a la fertilidad, que a su vez está relacionada con la creencia en la Diosa Madre, que, en el juego, podría estar representada por las figuras de las ocas.

—No entiendo adónde queréis llegar.

—Yo tampoco entiendo demasiado todo este galimatías, creedme, pero es preciso ser paciente. Es necesario dar pequeños pasos para alcanzar la comprensión; han de encajarse las piezas si se desea llegar al total. ¿Sabíais que tanto la espiral como la pata de oca son signos de los maestros constructores y también de los monjes soldado del Templo de Salomón?

Poco después, don Ezequiel se despedía de su paciente tras prometer que continuaría dándole vueltas al asunto y que regresaría a primera hora del día siguiente, antes de ocuparse de sus enfermos.

Tras la marcha del médico judío, el hombre permaneció un rato absorto, con la mirada fija en el pergamino. Desconocía el tiempo que había transcurrido encerrado en la celda, sin apenas comer ni beber, sin relacionarse con nadie, ni siquiera con los monjes benedictinos que lo habían acogido después de dejar Navarrete porque no deseaba vivir bajo el mismo techo de los freires hospitalarios, que habían sido incapaces de curar sus manos heridas a pesar de su fama de sanadores. Sus ungüentos no habían servido para nada. ¡Hatajo de farsantes! Se habían limitado a vendarle las manos, proporcionarle ropa y recomendarle resignación, además de advertirle de que debería proseguir su viaje cuando se sintiera algo mejor, puesto que no estaba enfermo y ellos precisaban espacio para quienes sí lo estaban. No se sentía mejor, pero decidió marcharse de allí dos días más tarde al oír que se esperaba la visita del maestre templario de Navarra. No podía arriesgarse y, sin duda alguna, Bertrand de Garlande, el hijo de perra, lo reconocería en cuanto lo

viera. Durante un momento sintió pavor. El maestre lo daba por muerto y seguro que no le dedicaba ni un instante en sus pensamientos, pero estaría perdido si se lo encontraba frente a frente. Conocía su secreto. Sabía que, aunque se hiciese llamar Robert de Reims, su verdadero nombre era Robert Lepetit, dominico y antiguo Gran Inquisidor de la región de Champagne, también conocido como «el bugre», porque éste era el nombre que se daba a los cátaros del norte de Francia y él lo había sido durante unos años antes de arrepentirse y volver al seno de la Iglesia católica.

Utilizando ambas manos a modo de tenaza, dio la vuelta al pergamino y leyó la declaración de un hereje cátaro a quien él había enviado a la hoguera once años atrás:

El día de la Bestia ha llegado, la Bestia está aquí. Yo, Lotaire Moranis, Apóstol de la Iglesia de Dios, sé que mis días y los de mi grey están contados. El dos veces renegado y dos veces maldito ha dado rienda suelta a su odio. Pronto las llamas de las hogueras iluminarán el cielo de Francia y los puros perecerán por el fuego, pero sus almas se verán al fin libres de su envoltura carnal y subirán a la casa del Padre. No espero clemencia de la Bestia, puesto que la Bestia no conoce la piedad, pero quiero aquí dejar testimonio de un hecho que presenciaron mis ojos y también de mi culpa por haber permitido la muerte de un hombre sabiéndolo inocente. El día primero del mes de febrero de este año, fui testigo de la muerte de Jean de Champagne, arcediano de la catedral de Reims, a manos del Gran Inquisidor de la Iglesia de Roma, Robert Lepetit, en las escaleras de piedra que llevan al lavadero junto al río. Fui asimismo testigo de la ejecución del zapatero Michel Fournier, hermano mío en la fe, acusado del crimen. El miedo pudo más en mí que la verdad y peno cada día y pido perdón por mi pecado. Firmo hoy este documento con la esperanza de que un día se haga justicia. En Vertus, día primero del mes de mayo de 1239 de la era de Cristo.

Había memorizado todas y cada una de las palabras del testimonio que lo acusaba de la muerte de un hombre de la Iglesia y, por ende, pariente de Teobaldo, conde de Champagne y rey de Navarra. Había matado para conseguirlo y debería haberlo destruido en cuanto llegó a sus manos, pero no quería desprenderse de la ilustración dibujada en el anverso, y menos ahora que estaba en camino de descubrir su secreto. Sin embargo, era arriesgado conservar el documento, ya que, sin él, nadie, ni siquiera el maestre templario de Navarra, podría incriminarlo en un asesinato. Una idea le vino de pronto a la cabeza; asió el pergamino entre sus dos manos y salió del cuarto. No le fue difícil encontrar el *scriptorium* del monasterio, justo al lado de la sala capitular, y entró en él con paso decidido. No era muy grande y únicamente había allí cuatro monjes sentados a sus respectivos pupitres.

—Copiamos las vidas de los santos de nuestra tierra —le explicó el hermano Bartolomé, el responsable del taller de escritura, un anciano cuyos dedos y uñas estaban teñidos de negro—, en especial la de santo Domingo, a quien llaman «de la calzada» porque construyó caminos y puentes para los peregrinos. Y también la de san Millán, de gran devoción entre sus paisanos, y la de su maestro, san Félix. Pero sólo iluminamos las letras capitulares porque los colores, sobre todo el pan de oro y la plata, resultan onerosos y, todo hay que decirlo, porque ninguno de nosotros posee el arte necesario para realizar hermosas iluminaciones, a excepción del hermano Gaëtan, que lo aprendió en el propio monasterio de Cluny.

El monje aludido alzó su cabeza tonsurada y sonrió.

—Lejos de mí interrumpir vuestra tarea, hermanos, pero necesito vuestra ayuda.

En un aparte y en un susurro para crear una atmósfera más acorde para las confidencias, el bugre explicó al viejo escriba que, en realidad, él era un legado de Roma encargado por el propio Pontífice de perseguir a unos herejes francos, miembros de una secta satánica, quienes, según todos los indicios, habrían

huido por el camino peregrino hacia Compostela, confundidos con los devotos caminantes. Se hallaba en Dorreaga, en la encomienda templaria, cuando ocurrió el incendio y había perdido allí sus credenciales y documentos. Sin embargo, estaba dispuesto a proseguir sus pesquisas a pesar del lamentable estado de salud en que se encontraba. Y, para subrayar las últimas palabras, extendió sus manos agarrotadas ante los ojos del monje.

–¿Y cómo podríamos serte útiles? –preguntó el copista visiblemente impresionado.

–Sólo logré salvar este documento, pero se halla en malas condiciones y temo que acabe por romperse. El hermano Gaëtan podría hacer una copia. Si fuera preciso solicitar el permiso del padre abad, yo...

–No lo es –se apresuró a responder el monje–. El *scriptorium* y los trabajos que en él se realizan son cosa mía.

–Ni que decirte tiene, hermano, que cuantas menos personas estén al corriente...

–¡Por supuesto! No se trata de ir por ahí aireando asuntos que incumben al Santo Padre.

–Espero también que me permitas estar presente durante la labor de copia. Disfruto de manera extraordinaria la atmósfera de un taller de escritura... Aquí se respira el conocimiento –añadió el bugre con afectación.

–Eres bienvenido y es un honor para nosotros colaborar en tu noble misión –respondió Bartolomé, adulado.

Poco después, Robert Lepetit seguía con atención los rápidos movimientos del copista con el cálamo. En ningún momento le permitió examinar el reverso del pergamino aduciendo que se trataba de un mensaje cuyo contenido debía permanecer secreto. El iluminador estaba encantado de dejar por unas horas la para él tediosa labor de escriba y ejercitar, al fin, su pericia de artista. Lamentaba, no obstante, no poder aplicarla con total libertad y entretenerse en enriquecer los dibujos con azul lapislázuli, verde esmeralda, rojo sangre y oro. El «cliente»

había pedido la mayor simplicidad posible en la ejecución. Sólo deseaba una copia en negro y ni siquiera le consintió rellenar con pan de oro las catorce palmípedas, algunas en vuelo, otras en reposo, tal como se veían dibujadas en el original, y que parecían estar dotadas de vida. El trabajo había sido concluido antes de la hora de cenar. En atención al huésped, a su prestigioso cargo y a la responsabilidad de la tarea, el hermano Bartolomé había permitido a Gaëtan ausentarse de los rezos.

De vuelta a su celda, el bugre se acercó a la cocina y, ante la mirada atónita del monje cocinero y la de su ayudante, lanzó el viejo pergamino al fuego. Lo vio deshacerse entre las llamas y no se movió hasta estar seguro de que la pesadilla había desaparecido de su vida. El testimonio del hereje no supondría un peligro nunca más; había ardidado al igual que su autor.

Por fin era libre para proseguir la misión para la que, estaba seguro, había sido elegido, aunque ahora sabía que había errado. Había servido a Dios, como dominico y teólogo, al ser nombrado inquisidor; persiguió a los herejes que urdían tramas para derrotar a su Iglesia, la Iglesia de Roma; rastreó sus huellas hasta lo más profundo de sus madrigueras, los atrapó, juzgó y condenó. No se arrepentía de haber enviado a la hoguera a hombres y mujeres, a ancianos y niños: eran las manzanas podridas que había que extirpar para no corromper a las sanas. Él era el verdugo de Dios. Los herejes cátaros no tenían derecho a reposar en tierra sagrada ni contemplar el día de la Resurrección, y el viento esparció sus cenizas. No obstante, y a pesar de su celo, la Iglesia de Roma, con su obispo a la cabeza, lo excomulgó, lo expulsó de su seno como a un apesado, y Dios no vino en su ayuda. Había peregrinado a través de toda Francia hasta llegar a Navarra emulando a Cristo, quien recorrió el camino desde Galilea a Jerusalén; había vivido de la mendicidad, rodeado de doce discípulos, había predicado y combatido a los agotes, paganos, leprosos de alma, que adoraban a una diosa y él, su Dios, no acudió en su ayuda y

azuzó en su contra a sus perros, los monjes soldado, los malditos templarios, al igual que permitió que los romanos apresaran a su Hijo. A cambio de sus desvelos, lo había mancado de ambas manos, pero no había logrado acabar con él. Tal vez ésa era la señal que buscaba desde hacía tantos años.

—Tú eres el adversario —musitó con los ojos puestos en el cielo completamente despejado que veía a través del ventanuco de la celda—, pero yo encontraré el medio de vencerte.